

**EL CARDENAL PORTOCARRERO
Y EL CONVENTO FRANCISCANO
DE NTRA. SRA. DEL CASTAÑAR**

ANTONIA RÍOS DE BALMASEDA
Correspondiente

En el convento franciscano de Nuestra Señora del Castañar, vivieron a lo largo de sus cuatrocientos cincuenta años de existencia, confesores, ascetas e ilustres teólogos, y ha gozado de gran notoriedad, por haber tenido el privilegio de albergar en sus claustros a fray Francisco Jiménez de Cisneros, quien, según afirman diversos autores, desempeñó en él, el cargo de prior, e hizo construir en el abrupto paraje de las estribaciones de los Montes de Toledo, donde estuvo enclavado, una choza de mimbre y barro para retirarse a orar, cuando era ya el más afamado Cardenal de España.

Aunque el monasterio tuvo que ser abandonado hacia el año 1835, como consecuencia de las leyes desamortizadoras, y quedó totalmente destruido hace más de ciento cincuenta años, ha llegado hasta nuestros días un libro donde quedaron reseñados los hechos más notables acaecidos en él, y otros escritos, que nos han permitido conocer su historia.

Por estos documentos sabemos que fue fundado en el año 1415 bajo los auspicios de Juana de Palomeque y Juan Ramírez de Guzmán, señores del extenso territorio de El Castañar. Consta que la iglesia y la capilla mayor fueron edificadas con bienes del marqués de Villena Diego Pacheco, de su hermano Alonso Téllez Girón, conde de Montalbán, y de Pedro Suárez, señor de Gálvez, y tenemos noticias de las cuantiosas ayudas que recibió la comunidad de la reina

Isabel de Valois, de la princesa Juana de Austria, del rey Felipe III, de la emperatriz María de Austria ¹ y de familias de la nobleza, obispos y devotos.

Isabel de Valois visitó el convento el 1 de enero de 1561, acompañada por la princesa Juana de Austria, viuda de don Juan de Portugal y de sus respectivos séquitos, y dejó como recuerdo de su estancia, un cáliz dorado y decorado con las armas de Francia, y cien ducados; y la princesa Juana otros cincuenta ducados. Felipe III dio trescientos ducados para la construcción del campanario del reloj; y María de Austria ordenó que se entregaran cincuenta ducados al año; y se dice, que fue ella quien regaló una imagen que llevaba en la peana las armas reales de Castilla y de León, que se ha venerado en El Castañar durante siglos bajo la advocación de Nuestra Señora de la Blanca ².

Si la relación de estos miembros de la realeza con el convento merece ser reseñada, no menos interesante será recordar la que mantuvo con él otro hombre de ilustre linaje, que fue una figura relevante en España durante el último tercio del siglo XVII, el cardenal Portocarrero.

Como es sabido, Luis Manuel Fernández de Portocarrero, fue hijo menor de los marqueses de Almenara, herederos del condado de Palma, y nació en Palma del Río, el 8 de enero de 1635. Cuando tenía apenas diecisiete años era ya deán de la catedral de Toledo, y a los treinta y cuatro recibió la birreta cardenalicia por deseo de Clemente IX. En el año 1670 llegó a Roma para desempeñar el cargo de cardenal protector de España, y siete años más tarde fue nombrado virrey de Sicilia. Durante su estancia en Palermo fallece el arzobispo

¹ Archivo Histórico Nacional. Libro de Aumentos y otras cosas notables del convento de Nuestra Señora del Castañar. Sección de Clero. Libro 1463.

² *Ibidem*, fols. 3 y 4.

de Toledo don Pascual de Aragón. Esta circunstancia propicia que sea preconizado para cubrir la vacante de la sede toledana, y en el año 1679 comienza un largo mandato que se prolonga treinta años ³.

Portocarrero fue designado consejero de Estado por Carlos II, y miembro del Consejo de Regencia. Posteriormente, Felipe V reconoció los méritos del arzobispo al llegar a España, pero más tarde le exoneró de todos sus cargos y en el año 1705 ordenó que se retirara a la diócesis toledana, donde falleció el 15 de septiembre de 1709.

Pese al interés que suscita la figura de este ilustre purpurado, no se han escrito, al parecer, estudios extensos sobre su vida, y, por tanto, no es posible precisar cuándo comienza a relacionarse con esta comunidad franciscana. Sin embargo, en los documentos consultados para escribir estas páginas se constata que la favoreció con sus donaciones durante gran parte de su vida, y se puede ver que la visitó al menos en dos ocasiones.

El padre Antonio de Figueroa, rector del colegio de la Orden de San Francisco en La Puebla de Montalbán, decía en unas notas manuscritas en el año 1879, que el cardenal Portocarrero donó al Castañar los restos de los cuerpos de san Máximo, san Fortunato y san Fausto, mártires, y el de santa Evodia, virgen y mártir, procedentes todos ellos del cementerio romano de Ciriaca; y el de santa Clemencia, que reposaba en las catacumbas del Pretextato. Según afirma fray Antonio, Portocarrero cedió estas reliquias el 22 de septiembre de 1677, cuando se hallaba en Roma desempeñando el cargo de cardenal protector de España, y asegura, que en el año 1879 se conservaban envueltas entre algodones, dentro de cinco cajas forradas de terciopelo, tachonadas con clavos dorados y acompaña-

³ GÓMEZ-MENOR, José Carlos: *Primera noticia bibliográfica sobre el cardenal Luis Manuel Fernández de Portocarrero, arzobispo de Toledo (1635-1709)*. Anales Toledanos. Volumen V. IPIET.

das de los documentos que acreditaban su autenticidad ⁴. Por otra parte, en otros escritos igualmente fiables se pone de manifiesto, que además de estas reliquias, envió desde Roma al monasterio los restos de otros veintiún santos y santas ⁵.

Tras esta donación no se han encontrado referencias de otras hasta el año 1688. Por aquel tiempo, Portocarrero gozaba de gran poder en la corte de Carlos II, y por el contrario, la Iglesia atravesaba una etapa de dificultades económicas. Los religiosos del Castañar, como tantos otros, debían sufrir carencias y su benefactor no permanece ajeno al problema, y ordena que se funda una campana grande que necesita el convento ⁶.

En el Libro de Aumentos y Cosas Notables antes mencionado, se puede constatar, que el arzobispo toledano sufragó la realización de un retablo dorado para el altar mayor de la iglesia entre los años 1693 y 1695, y después de costear los gastos que se ocasionaron al decorarlo con tres lienzos de notable pincel, que representaban a la Anunciación y a la Virgen del Sagrario, hizo que se colocaran en él los restos de los santos y santas que había donado ⁷.

En otras anotaciones efectuadas en este mismo libro en 1698, dicen los religiosos, que Portocarrero visitó el convento en dos ocasiones en el transcurso de aquel año, y dan cuenta de la generosa actitud que tuvo con la comunidad, al dejar como recuerdo de su

⁴ Archivo General de los PP. Franciscanos. Madrid. Reseña de las Reliquias de Santos Mártires que del antiguo convento de El Castañar se trasladaron al colegio de La Puebla de Montalbán y descripción de las fiestas. Año 1879. Sign. 14/34 n.º. 4301.

⁵ Archivo Histórico Nacional. Libro de Aumentos y otras cosas notables del convento de Nuestra Señora del Castañar. Sección de Clero. Libro 1463, fol. 10.

⁶ *Ibidem*.

⁷ *Ibidem*, fols. 10 y 11.

estancia las lámparas de plata para el altar mayor, y una custodia de cristal de roca de gran valor, que llevaba en su viril un Agnus Déi de Inocencio XI, y al enviar la urna y el arca para el Santísimo ⁸.

Un fraile franciscano que fue testigo de los lamentables sucesos que precedieron al abandono definitivo del convento del Castañar, cuenta en un curioso manuscrito anónimo, donde se dan un buen número de noticias sobre su historia, que en una ermita próxima a la cerca de la huerta se había venerado durante más de treinta años, una imagen de san Antonio que había regalado el ilustre prelado, y no duda al afirmar, que era la misma que estaba expuesta al culto en sus días junto a la puerta de entrada del templo ⁹.

La gran inestabilidad política y económica que sufría España durante los últimos años del siglo XVII y primeros del XVIII, no fue obstáculo para que se recibieran en el monasterio nuevas ofrendas de su protector. En el 1701 llegó una valiosísima cruz de plata y cristal con un pedestal labrado con la figura de tres leones ¹⁰, y antes del 1704 se hallaba ya en él un relicario de plata con reliquias de la Virgen y san José, más otras piezas de singular valor histórico: la llana y dos artesillas de plata que habían utilizado, para cerrar la puerta de la basílica romana de Santa María la Mayor durante la ceremonia de clausura del Año Santo ¹¹.

⁸ Ibidem.

⁹ Curioso diálogo en que se da exacta noticia del convento del Castañar; su fundación y observancia regular de sus moradores en cuatro centurias. Boletín de la Real Academia B.A. y C. Históricas de Toledo. Año V. N.º. XV y XVI.

¹⁰ Archivo Histórico Nacional. Libro de Aumentos y otras cosas notables del convento del Castañar. Sección de Clero. Libro 1463, fol. 13.

¹¹ Ibidem. Memorial e inventario de las cosas que contiene el Archivo de este convento de Ntra. Sra. del Castañar, hecho con asistencia de los PP. Guardianes y Discretos por mandato del R. Definitorio. Año 1704.

El padre prior del Castañar Alonso de Hontalva y el padre discreto Pedro Pérez hicieron un inventario de todos los papeles y libros que guardaban en el archivo y biblioteca de su convento en el año 1704. Por esta relación que ha llegado hasta nuestros días, sabemos con certeza que los frailes conservaban en la sacristía un legajo que contenía varias cartas y documentos del cardenal, y en la biblioteca el otorgado por Carlos II para nombrarle gobernador de España ¹².

En la dehesa del Castañar, no lejos de las escasas ruinas que aún existen en este antiguo convento, hay una cruz que se conoce tradicionalmente como la Cruz del Fraile. Esta cruz de piedra, que se alzó en este solitario paraje de las estribaciones de la sierra toledana en el año 1708 por mandato de Portocarrero para honrar la memoria del lego Pedro Sánchez, compañero de hábito del cardenal Cisneros, fue, al parecer, la última aportación del anciano arzobispo a los hijos de san Francisco. Es evidente, que después de su muerte quedó presente su nombre entre todos los religiosos que habitaron el monasterio, y junto altar mayor de la iglesia continuó luciendo la lámpara de aceite, gracias a una memoria que él mismo había fundado ¹³.

¹² Ibidem. Apartados 3 y 8.

¹³ Archivo Histórico Nacional. Libro de Aumentos y otras cosas notables del convento de Ntra. Sra. del Castañar. Sección de Clero. Libro 1463, fol. 11.

JESÚS COBO ÁVILA

GONZALO PAYO SUBIZA

Numerario

A veces nos preguntamos, al paso del tiempo, cuando nos sumergimos en los recovecos de nuestra formación ¿qué habrá sido de aquel profesor que me inculcó el amor a la literatura, al arte o a la historia? Y tal vez nos preguntamos -seguramente menos- ¿qué habrá sido de aquel maestro que nos hizo captar por vez primera la elegancia de una demostración algebraica, la brillantez de un teorema geométrico o la imaginación de un descubrimiento topológico? Pero los que de discentes hemos pasado a gozar del privilegio de la docencia, también buscamos a menudo, en esa bruma incolora del pasado, a nuestros alumnos. Y por puro azar o por tratar de reencontrarnos con etapas ya vividas de nuestra historia, nos gustaría saber qué ha sido de aquellos jóvenes cuyo nombre y cuya imagen aún perduran en nuestros borrosos recuerdos. ¿Qué habrá sido de aquel chico que comprendía las demostraciones matemáticas a la primera? ¿Qué fue de aquel muchacho de grandes ojos abiertos, como ávidos ventanales al conocimiento, que escondía su timidez tras una sonrisa afable y permanente? ¿Qué habrá sido de Jesús Cobo?

Un día, veinte años después, le encontré ejerciendo como coordinador de una tertulia culta de esta ciudad increíble, donde siempre se está empezando algo y apenas cuaja nada. Mi alumno Cobo, mi amigo Jesús Cobo, hablaba con cultura, pensaba con profundidad y razonaba con lógica. Era el alma de aquella tertulia de Calandrajás, como lo es hoy de la publicación del mismo nombre ya